

Sobre *Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los setenta*, de Diego Peller

Max Gurian
Universidad de Buenos Aires
maxgurian@gmail.com

Reseña de *Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los setenta*, Buenos Aires: Santiago Arcos, 2016. 375 pp.



“Los límites que me impone mi capacidad mental son bastante estrechos; el territorio que habré de atravesar, en cambio, es infinito”. Las palabras de Franz Kafka de 1917 me figuran como lerdito mensajero de una buena nueva: la edición de *Pasiones teóricas* en el sello Santiago Arcos, dilatada encarnación de un proyecto con que Diego Peller amenaza a propios y extraños desde su primera juventud. Un proyecto, hoy consumado, que asalta el pasado de la literatura argentina para pensar, desde la tensa coyuntura de los años 70, los medios, fines y agentes de una praxis siempre en crisis, una praxis de la crisis: la crítica y sus hacedores.

A contrapelo de los protagonistas y sus evocaciones imaginarias, Peller toma con pinzas las aseveraciones idealistas en los debates de la época y ausculta el aparato sensorio de quienes leen al sesgo los nuevos paradigmas del pensamiento —el estructuralismo, la semiología, el psicoanálisis lacaniano, las reversiones posestructuralistas— y llevan adelante la renovación del andamiaje teórico en la cultura argentina desde las revistas *Los Libros* y *Literal*, en las Escuelas Freudianas locales o en textos iridiscentes como *Nanina* (1968), *El fiord* (1973) y *El frasquito* (1973). Peller vuelve a la larga década del 70 para señalar en el seno mismo de la erupción teórica, en el centro vacío de la axiomática estructuralista, el carácter pulsional de sus enunciaciones. No se trata aquí de subrayar tan solo las ideas rectoras del período sino de resaltar en ellas los “excesos teóricos”, fórmula paradójica con que los detractores solían (y suelen) desechar sin más, como caprichos barrocos de niños hiperactivos, los dichos de quienes, en el fondo, dicen, “no tienen nada que decir”: una nada bien densa, una mácula, indicio de sangre, sexo y seso, que el libro, en cambio, persigue con ahínco perverso y erudito para desarmar las dicotomías fosilizadas de la discusión en torno a los 70 y propugnar una nueva lectura del “entrelazamiento entre sujeto, lenguaje, teoría y verdad” (325).

Peller traza, con rigor naturalista, una cartografía del “hiperteoricismo” en ficciones y dicciones de índole diversa y, con mirada analítica y mira furtiva, ubica en la lectura de los textos —en la propia pero también en la de terceros— el excedente inesperado, el desvío del paradigma que baliza la presencia de un sujeto, de una autofiguración, allí donde menos se la esperaba, incluso, o sobre todo, donde menos lo esperaba el mismo sujeto de la enunciación. La fórmula “exceso teórico” atraviesa los capítulos y los nombres del volumen. En su repetición —“una temporalidad llena de inesperados vaivenes” (9)— o en sus flexiones —una ondulación inquietante entre lo mismo y lo otro—, la fórmula “exceso teórico” muta: a medida que el libro avanza la figura retórica que impulsa el sintagma pasa de la contradicción al oxímoron, del oxímoron a la tautología, de la tautología al pleonasma, de la redundancia al resto inasimilable. Un compost libidinal —un archivo de la pasión— que marca el regreso del sujeto ahí mismo donde se lo velaba a cajón abierto.

“El intruso [escribe Jean-Luc Nancy antes de someterse a un trasplante] se introduce por fuerza, por sorpresa o por astucia; en todo caso, sin derecho y sin haber sido admitido de antemano” (2007: 11). Peller, en efecto, intrusa los 70, rodea el interdicto que condena las mezclas disciplinarias y las confusiones metafísicas, y empotra, Caballo de Troya derrideano, “un cuerpo ajeno al pensamiento” que habrá de confundirse con el pensamiento mismo, un corazón extranjero en el carro alado de la Razón. Entre la razón teórica y el juicio crítico: una bomba pulsátil. La teoría, por lo tanto, se entiende ahora como injerto fisiológico y desafuero pasional, tal y como la pusieron en práctica los “héroes modernizadores” que el libro analiza y, me atrevo a decir, reivindica: Oscar Masotta y Osvaldo Lamborghini.

Contra las políticas de la especificidad, desmesurados caníbales de la propia praxis, Masotta y Lamborghini hacen del autoexamen performativo, del abandono de los campos apenas fundados y de la pasión por un sí mismo huidizo los elementos centrales de su legado. Con ese reiterado “gesto auto”, como lo denomina Peller, hacen de la teoría, en suma, una escritura del yo y una lectura de sí. Despliegan conceptos en el repliegue público de la propia intimidad, como en “Roberto Arlt, yo mismo”, texto de 1965 y matriz luminosa de estas *Pasiones teóricas*. Se configuran como críticos menos por la insistencia en una posición que por la persistencia de una impostura que es siempre desposesión, como cuando enuncian [escribe Peller]: “Sí, me reconozco, ése soy yo: aquel que no cesa de ponerse-en-crisis a sí mismo, aquel que no deja de interrogar-su-propio-discurso” (120).

Personajes siempre en pugna, “en posición de combate” y combatidos por intereses institucionales y afectivos encontrados, son la mejor figuración epocal del farsante. Son los sospechosos de siempre, héroes y traidores a la vez, pensadores indisciplinados e informes que, como el

espantapájaros girondino que Peller advierte en la tapa del primer número de la revista *Literal*, hacen de la “pura impura mezcla” su magma teórico y vital, su imposible pero necesaria conjunción de “conciencia y estructura”. Las incursiones de estos intrusos indocumentados disparan en el entorno la lógica de la depuración que marca a fuego la época y la centuria. He aquí, entonces, un concepto nodal que Peller comenta aquí y allá a lo largo del libro: la purga pasional. Alain Badiou propuso pensar la obsesión totalitaria por cambiar al hombre de raíz en el siglo XX bajo la fórmula “pasión de lo real” [*passion du réel*], juego de palabras que conjuga el aspecto activo y pasivo de toda pasión —la soberanía y la sujeción—, lo real lacaniano y la menos psicoanalítica realidad. Escribe Peller al respecto:

La pasión teórica en las décadas del 60 y 70 no tiene relación con una ‘batalla de las ideas’ o ‘batalla ideológica’: de lo que se trataba —con razón o sin ella, no es eso lo que se discute aquí— era de determinar teóricamente las condiciones que hicieran posible la emergencia y constitución de un sujeto capaz de cambiar el mundo, esto es: *tocar lo real* (119).

Tocados y hundidos, los unos como los otros, pero no todos, veremos, de idéntica manera. Peller registra en detalle la pasión destructiva, dialéctica, identitaria, que invade las experiencias colectivas de *Los Libros*, la Escuela Freudiana y *Literal*, la siempre renovada sospecha sobre el semblante, nunca suficientemente auténtico, nunca realmente real, pero decide no comentar, sagaz y pudoroso, la otra modalidad pasional que Badiou, ex maoísta y deleuziano a su pesar (derridiano, diría Jorge Panesi), reivindica en 2005 en el libro titulado *El siglo*. Me refiero a la pasión sustractiva, antidialéctica, que no impone un mortal cuerpo a cuerpo sino que propone una ínfima distancia entre los términos, que busca “la puesta en escena de la diferencia mínima pero absoluta” (2005: 79) como en el *Cuadrado blanco sobre fondo blanco* de Kazimir Malevich. Sin anunciarlo a sus lectores —y tal vez sin anunciárselo a sí mismo—, Peller asume esta vía y acomete un extenso acto diferencial para repensar la producción setentista y el después de la crítica: no una ruptura radical sino una flexión intrigante.

Con protocolos académicos —la gesta— y espíritu masottiano —el gesto—, Peller hace gala en el libro de su propia pasión figurativa, agonística y argumentativa. El libro está escrito en una primera persona del plural tan mayestática como generacional, salvo en la “Advertencia” preliminar donde Peller, haciéndose eco del epígrafe de Marcel Proust que abre *Pasiones teóricas*, anhela recobrar en primera persona del singular las ilusiones del proyecto perdido en el texto que supo conseguir. Allí nos “confiesa” que ha postergado, “por falta de entusiasmo”, la inclusión de entrevistas a protagonistas del período investigado y, en particular, que ha optado por no extenderse en el marco teórico a pesar de haber imaginado una “muralla o escollera que rodearían su núcleo argumentativo dotándolo

de mayor coherencia y solidez” (7). El autoexamen propuesto desde el vamos —como en los 70— redobla la apuesta integral del libro: postula un desconocimiento de sí a la hora de recobrar las propias pasiones y ponerlas, de vuelta, otra vez, en juego. *Pasiones teóricas* se edifica con los bloques discontinuos y riemannianos de “La muralla china” de Kafka, esos espacios que, dice Gilles Deleuze en *Abecedario*, “se construye[n] pedazo a pedazo, y cuyos empalmes entre pedazos no están predeterminados”, y con esa lógica anómala cobran fuerza el cuerpo y las notas de sus 375 páginas (y, por cierto, las grandes hipótesis del libro están impresas, en letra chica, a pie de página).

Volver a los 70 es volver a la infancia de la añosa crítica contemporánea, pero también es volver a la infancia de Peller —y a la de este mensajero— cuando el lenguaje, más pasión que gramática, era solo balbuceo y gasto improductivo. Hoy, gramatical pero brioso, Peller propone, más que una relectura de la historia de la crítica en la Argentina, más que una sintomática de la crítica argentina, una arqueología de su intensidad teórica y una genealogía del retorno a nuestra década oscura. Propone, en palabras de Badiou, una anábasis: “la libre invención de una errancia que será *a la postre* un retorno que, antes de ella, no existía como camino de vuelta” (2005: 110). *Pasiones teóricas* es un retorno inédito a los 70, una “síntesis disyuntiva de la voluntad y el extravío” (2005: 111) que nos permite avistar a lo lejos, aunque el camino sea infinito y esté amurallado con vacíos, la huella imperial del deseo, la silueta tenaz del crítico por venir.

Bibliografía

- Badiou, Alain. 2005. *El siglo*. Buenos Aires: Manantial. Trad.: Horacio Pons.
- Kafka, Franz. 1985. “De la construcción de la muralla china”, en *América / La condena / La muralla china*. Barcelona: Seix Barral. Trad.: Alfredo Pipping y Alejandro Guiñazu.
- Nancy, Jean-Luc. 2007. *El intruso*. Buenos Aires: Amorrortu. Trad.: Margarita Martínez.